

Tema del cartel: Goces contemporáneos.

Integrantes:

Joffrey Orellana Valverde.

Ariel Caballero Aguirre.

Francisco Maquilón.

Marco Gutiérrez Calderón.

Más uno:

Jorge Castillo.

Arreglos pulsionales contemporáneos.

Decir que el sujeto está supeditado a transacciones políticas y mercantiles, a estas alturas, ya no sorprende. El mismo Lacan lo proponía en el *Seminario 11*. Hoy los sujetos están en una estrechez y cercanía particular a lo Real por decadencia de lo Simbólico. Así, la compulsión a alcanzar un sí-todo no hace más que confrontarlos con su propia división subjetiva. Se confunde el **querer** con el **desear**. Lo contemporáneo rinde un culto al derribamiento de las barreras de imposible. “Si lo quieres, lo puedes”. Mientras que, en términos psicoanalíticos, hablar de deseo supone confrontar al mismo con todos sus reveses e, incluso, sus propias vertientes de imposible.

Ya advertía Lacan que, ahí donde antes la identificación funcionaba como cénit de la civilización, se erige ahora el objeto a, dando como resultado un plus de goce. Esta época inyecta a raudales la ilusión del “tener” con la intención de suplir la carencia de los referentes identificatorios; cuantificando y objetivando algo tan abstracto como los lazos humanos. Ascende así el capital al cénit de la civilización, monetizando vínculos y relaciones humanas; brindando, por ende, una pseudo-respuesta al ser.

Los arreglos que tienen los sujetos con la pulsión son de lo más singulares, sin embargo, resuenan ecos de prácticas contemporáneas que conviene revisar por su nivel de proliferación. Por su rentabilidad en doble vía tanto para quien (se) ofrece como para quien consume el “producto” (esto en términos mercantiles), cada vez son más comunes las plataformas de streaming con e-girls (chicas electrónicas, en su traducción más literal) mostrando sus actividades diarias y, a la vez, una multitud de usuarios conectados al goce escópico, por el cual donan, voluntariamente, una cantidad monetaria determinada.

Una satisfacción en mirar y en ser mirado se ve denunciada, tal como propone Freud en *Pulsión y Destinos Pulsionales*. ¿Será acaso una manera de jugarse lo fálico del tener y, por medio de esto, obtener un reconocimiento de estos semblantes de deidades detrás de la cámara?

“Dono, luego existo y, a partir de esto, soy”; analogándolo con el planteamiento cartesiano. En tanto aporto, y dependiendo de cuánto aporto, consto y existo en las retinas de estas esfinges virtuales, lo cual daría una respuesta a mi ser.

El capitalismo se las arregló, hace ya varios años, para mercantilizar cuerpos virtualmente. Lo novedoso en el mundo del streaming consiste en el nivel de difusión superlativo y los réditos obtenidos en tiempo real. El goce del streaming no va por el lado de observar la desnudez de un cuerpo. Lo planteado tiene que ver con el constar dentro del universo significativo de estas diosas de barro. Obtener un reconocimiento a partir de estas figuras enigmáticas que, por su mismo carácter mediático, están ceñidas a sostener esta idealización que de ellas han hecho sus fanáticos.

Otra práctica contemporánea que se ha afianzado a partir del confinamiento por COVID-19 tiene que ver con la plataforma Onlyfans, la cual se ha vuelto masiva por la cantidad de réditos que puede conseguir el/la generador/a de contenido mientras que el usuario paga por el goce de mirar. El usuario se sumerge en el goce autista, un goce propio de su órgano sin tener que pasar por el campo del Otro. Una vez más, el morbo que podría conllevar la desnudez de un cuerpo pasa a segundo plano; pues prácticas fetichistas se han vuelto bastante asediadas, como la venta de fotos de pies, manos o demás partes del cuerpo.

Así, la soledad globalizada encapsula al sujeto en su propio goce, un laberinto sin salida donde, al intentar socavar la no relación sexual, el sujeto termina ahogándose en un mar de “soluciones” provistas por el Otro de la tecnociencia que, al intentar suturar el vacío estructural, termina confrontando al sujeto con lo Real.

Lo que cabe estar advertido de la época es que, al estar infestada de respuestas propuestas por las tecnociencias y el capitalismo (del cual Lacan, como discurso, lo plantea como excluyente del amor) se intenta, por la vía de sugestión de discursos yoicos, producir una obturación en las formaciones del inconsciente, dejando al sujeto sumergido en la angustia de no encontrar más que respuestas universales a un padecimiento en su vertiente más singular.

Así, la pulsión se dirige a objetos que producen un plus de goce, un goce en soledad donde se simula un partenaire pero, finalmente, es el sujeto despojado del lazo social.